

EPICTETO Y LA LÁMPARA DE ALADINO. ¿CÓMO DESEAR CONFORME A LA NATURALEZA (*katà phýsin*)?*

● Leonardo Ramos-Umaña
Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Filosóficas-CONAHCyT³³

Si el leer no te procura serenidad/felicidad, ¿de qué te sirve?
(εἰ δέ σοι τὸ ἀναγινώσκειν εὐροίαν μὴ περιποιῆ, τί ὄφελος αὐτοῦ;)
(Epicteto, *Disertaciones* IV.4.4.5-5.1)

Resumen

Dada la importancia fundamental del deseo a la hora de alcanzar o no la *eudaimonía*, el propósito del presente escrito es explicar en qué consiste, según la filosofía estoica, el desear de manera correcta (p. ej. de manera que nos conduzca a la generación y conservación de nuestra felicidad), concretamente de cara a aquello que existe y sucede donde nuestra injerencia es nula o prácticamente nula. En respuesta a esto, explicaremos al lector la teoría del deseo reflejante y su relación directa con la piedad, virtud a la cual le dedicaremos cierto espacio por tratarse de algo bastante diferente de la piedad a la que nos hemos familiarizado gracias a la cultura judeocristiana.

Palabras clave: deseo, felicidad, serenidad, deseo reflejante, piedad, impiedad.



* Este texto fue escrito como parte del proyecto “La felicidad invencible: Estoicismo y educación de las emociones para el México de hoy”, realizado gracias al programa de Estancias Posdoctorales por México del CONAHCyT en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM bajo la asesoría del Dr. Ricardo Salles.

³³ ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1177-8232>. Correo electrónico: leonramosu@gmail.com

Abstract

Given the fundamental importance of desire when it comes to achieving *eudaimonia* or not, the purpose of this paper is to explain what, according to Stoic philosophy, is desiring correctly (i.e., in a way that leads us to the generation and conservation of our happiness), specifically in relation to what exists and happens where our interference is none or practically none. In response to this, we will explain to the reader the theory of *reflective desire* and its direct relation to piety, a virtue to which we will dedicate some space as it is something quite different from the piety with which we have become familiar thanks to the Judeo-Christian culture.

Keywords: desire, happiness, serenity, reflecting desire, piety, impiety.



Introducción

La ética estoica es una *psyché therapeía*. No solo representa un modo de cuidar y cultivar nuestra alma, sino que, además, nos provee de un conjunto de herramientas para que podamos lidiar con cualquier situación. Su promesa última no solo tiene que ver con alcanzar la felicidad, sino con preservarla sin importar los embates de la fortuna, sin importar las vicisitudes propias e inexorables de este instante fugaz entre la eternidad que nos tocó vivir. Se trata de la promesa de una felicidad invencible.

Ahora, ¿cómo cumplir dicha promesa? Como toda propuesta filosófica digna de ser llamada así, el estoicismo es un sistema robusto conformado por diferentes argumentos articulados entre sí. Tal como cualquiera que sepa de tacos sabe que eso que venden en Taco Bell no son tacos de verdad, análogamente el estoicismo no es esa cosa que, sobreesimplificada, caprichosamente mutilada, reducida a frascitas bonitas y empacada en libros para el consumo fácil de las masas, se vende como la autoayuda de moda. Lo que queremos decir es lo siguiente: la promesa de la felicidad invencible no se cumple desde una receta sencilla o gracias a un mantra o a la inhalación de unos vapores o a la reorganización de los muebles de la casa. Esa promesa se cumple por medio de diferentes estrategias con variados grados de elaboración y complejidad para encarar distintas situaciones, estrategias que presuponen la implementación de unas estrategias previas y que, a su vez, habrán de servir como base para otras subsiguientes. En ese orden de ideas, por el espacio del que disponemos y el público al que deseamos dirigirnos, nosotros solo vamos a compartir con el lector una de esas estrategias, concretamente aquella dirigida a nuestro modo de ejercer nuestra capacidad de desear.

Deseo y felicidad

La *diaíresis* -esto es, la distinción entre lo que es *eph' hēmîn* y lo que no o, expresado de manera más clara, entre aquello que sí está 100 % bajo mi control y solo bajo mi control y aquello que no- merece, por múltiples razones, ser considerada piedra angular de su propuesta ética de la Stoa. Por ello no es descabellado ni extraordinario que esta sea uno de los primeros temas que se expliquen en el marco de unas lecciones sobre estoicismo³⁴. Gracias a la *diaíresis* estoica podemos entender que cada uno de nosotros debemos ocuparnos de aquello que sí está 100 % bajo mi control y solo bajo mi control. ¿Y qué es eso? Todas las actividades anímicas dependientes de la proaíresis³⁵ o arbitrio, tales como desear, juzgar o asentir. Ahora, habiendo establecido esto, la pregunta necesaria es ¿y cómo desear, juzgar y asentir correctamente? Como recién mencionamos, nosotros nos concentraremos en el primero de estos actos. Es pertinente hacerlo así porque, dentro del proyecto de alcanzar la *eudaimonía*, el deseo tiene un rol fundamental. No solo porque se trata de una de las actividades naturales del ser humano, una que no podemos -y, si pudiéramos, no debemos- suprimir, sino también porque del modo en que ejerzamos ese deseo nos alejaremos o acercaremos a nuestra meta que es la vida feliz. ¿Por qué? Recordemos que hemos establecido, a través de la diaíresis estoica, que somos libérrimos en el ámbito de desear y que, por consiguiente, nos debemos enfocar en eso para alcanzar la felicidad. Sin embargo, no todos los modos de desear nos llevarán a ser felices; si deseo algo que no puedo alcanzar, entonces me voy a sentir frustrado, angustiado, enojado o, en suma, infeliz. Habla Epicteto en los siguientes términos en su *Manual*:

[T1:] Recuerda que la promesa del deseo es la consecución de lo que desees y la promesa del rechazo el no ir a dar en aquello que se rechaza, y que el que falla en su deseo es infortunado y el que va a dar en el objeto de su rechazo es desafortunado. (Epicteto, *Ench.* 2.1³⁶)

En la misma línea se expresa en *Disertaciones* (*Diss.* en lo siguiente): «nunca es posible que coincidan felicidad y deseo de lo no presente. Pues lo feliz debe apartarse

³⁴ Nosotros mismos hicimos lo nuestro al presentarla en una explicación sobre *la educación de las emociones* según los estoicos, cf. (Ramos-Umaña, 2021).

³⁵ Aunque la proaíresis tiene un papel protagónico en la filosofía de Epicteto y Marco Aurelio, en ninguno de los dos es definido de manera clara y distinta. Sobre qué podemos entender por proaíresis en estos autores, cf. (Ramos-Umaña, 2022).

³⁶ «Μέμνησο, ὅτι ὀρέξεως ἐπαγγελία ἐπιτυχία, οὗ ὀρέγη, ἐκκλίσεως ἐπαγγελία τὸ μὴ περιπεσεῖν ἐκείνῳ, ὃ ἐκκλίνεται, καὶ ὁ μὲν <ἐν> ὀρέξει ἀποτυγχάνων ἀτυχής, ὁ δὲ <ἐν> ἐκκλίσει περιπίπτων δυστυχής.» Todas las citas de Epicteto provienen de la traducción de (Ortiz 1993; 1995), con modificaciones nuestras.

de todo lo que quiere y asemejarse a alguien saciado. No debe estar unido a la sed ni al hambre» (Epicteto, *Diss* III.24.17.1-4³⁷).

Epicteto es claro en su mensaje y no le interesa edulcorar la píldora: quien no logra que sus deseos se hagan realidad no logra ser feliz.

Entonces, de cara a que el deseo nos lleva a la infelicidad, ¿qué debe hacer alguien que aspira a estoico? ¿Será, como afirma cierta religión y cierto filósofo de la modernidad, que la clave de la infelicidad está en el deseo y de la felicidad en el dejar de desear? Dejando de lado algunas frases sueltas del corpus epicteteo que se pueden explicar en su contexto, es innegable que para Epicteto dejar de desear no es la alternativa (p. ej., cf. *Diss*. IV.1.89-90.4, citado como nuestro T4). Si no es esta la vía, ¿entonces cuál? La de desear correctamente. Pero, claro, la pregunta necesaria que surge es: ¿cómo desear correctamente? Como suele suceder con los estoicos, nos ofrecerán una respuesta que reclama convertirse, de inmediato, en pregunta: desear correctamente significa desear virtuosamente. ¿Y qué significa desear virtuosamente? Significa desear *katà phýsin*. ¿Y qué significa esto último? Por lo señalado en T1 y el pasaje que citamos inmediatamente después, tal parece que desear correctamente, p. ej., desear virtuosamente, p. ej., desear conforme a la naturaleza, significa desear de modo que siempre logres ser feliz. Y esto, ¿qué significa? De nueva cuenta, T1 parece darnos la clave: desear de modo que siempre logres ser feliz es aprender a desear de tal manera que nuestro deseo nunca falle en el alcanzamiento de lo deseado.

Así pues, lo que Epicteto nos está diciendo -y parecería que fuera un ejercicio de autosabotaje-, ya que, si deseamos ser felices, debemos aprender a desear de tal modo que absolutamente todos nuestros deseos siempre se hagan realidad. ¿Y eso es posible? Porque ni siquiera la ficción ofrece ejemplos de tal cosa, las esferas del dragón son capaces de tanto, ni siquiera el genio de la lámpara de Aladín cumple sin discreción todas las apetencias. Entonces, ¿cómo desear de modo que siempre logremos siempre ser felices?, ¿cómo desear para nunca sentir la horrible sensación propia de cuando no logramos alcanzar lo deseado? Para abordar esta pregunta, e intentar lanzar una respuesta, creemos que es bastante útil valernos de una división conceptual (que no real) que presenta Diógenes Laercio en su *Vidas y pensamientos de los filósofos más ilustres*, Laertius (2013):

[T2:] Por eso el fin resulta ser el vivir conforme a la naturaleza, es decir, [1] conforme a <la naturaleza> propia y [2] conforme a <la naturaleza> del todo, realizando nada de lo que suele prohibir la ley común, es decir, la recta razón, la cual atraviesa todo, la cual es lo mismo que Zeus, guiador de la administración de todo lo que existe. Esto mismo es la virtud del

³⁷ «οὐδέποτε δ' ἐστὶν οἷόν τ' εἰς τὸ αὐτὸ ἐλθεῖν εὐδαιμονίαν καὶ πόθον τῶν οὐ παρόντων τὸ γὰρ εὐδαιμονοῦν ἀπέχειν δεῖ πάντα ἃ θέλει, πεπληρωμένῳ τινὶ εἰκέναι· οὐ δίψος δεῖ προσεῖναι αὐτῷ, οὐ λιμόν».

<hombre> feliz, el fluir fácil de la vida³⁸, cuando todo se hace conforme a la armonía del demonio <existente> en cada quién y <de acuerdo> con la voluntad del administrador del todo. (DL VII.88.2-9³⁹; cf. VII.87-88; Diss. IV.4.39-41)

Entonces, tomando esta división, tenemos lo siguiente: desear *katà phýsin* significa, por una parte, desear en armonía con la naturaleza del todo (κατὰ τὴν τῶν ὅλων) y, por la otra, desear en armonía con mi propia naturaleza (κατὰ τὴν αὐτοῦ)⁴⁰. Dados los intereses que aquí perseguimos y el espacio del cual disponemos, para el presente texto nos concentraremos solamente en la primera parte de esta división, p. ej., en lo que resta de este escrito exploraremos qué significa desear en armonía con la naturaleza del todo (τὸ ὅλον).

Empecemos señalando que «τὸ ὅλον» se convirtió -y así lo podemos rastrear desde Platón y Aristóteles- en una fórmula técnica de la física que alude al universo⁴¹. De modo que cuando hablamos del todo, estamos aludiendo al ámbito de nuestra realidad en el cual lo que existe o sucede nuestra injerencia es mínima o nula, p.ej., qué clima hará hoy, quién será la próxima reina de Inglaterra o cuándo la muerte querrá tocar a nuestra puerta. Pues bien, ¿qué significa desear conforme a la armonía del todo? Significa que debemos aprender a desear todo tal cual acontece (cf. Diss. IV.1.89-90.4; Ortiz, 1995, p. 8).

Expliquemos lo anterior: si, por ejemplo, en este momento el día está soleado, ¿qué me corresponde hacer como estoico? Desear que haga sol. Si se enfrentan dos grandes equipos de fútbol y estoy en el estadio viéndolos jugar, ¿qué me corresponde hacer como estoico? Desear que gane aquel equipo que ganó (cf. Diss. III.4.10-11).

³⁸ Leemos, como Boeri y Salles, el «καὶ» de 88.7 como explicativo, por el pasaje con el que cerramos esta nota al pie. Por otra parte, ellos optan por traducir «ἡ εὐροια» como «correcto fluir de la vida», aunque dicha acepción del término no aparezca en el Liddell y Scott (1996). No lo señalamos en tono crítico, pues entendemos de sobra la dificultad para traducir este término con sus cognados. Nosotros, dubitativos y oscilantes, en unas ocasiones optaremos por «fluir fácil» en atención a sus primeras acepciones -análogamente a como hace Hicks (1925) y Bury (1933) con «the smooth current of life»- y, en otras ocasiones, de manera menos literal, pero tomándole el sentido a la palabra, optaremos por «serenidad». De acuerdo con el Liddell y Scott, también hubiera sido lícito -aunque redundante en ciertos pasajes, como el presente y como el que agregamos al final de esta nota- traducir «εὐροια βίου» como «vida feliz» (cf. 1996; 1688; 1689). Sobre este asunto, afirma Sexto Empírico: «la felicidad es, como dicen los estoicos, el fluir fácil de la vida (εὐδαιμονία δὲ ἐστίν, ὡς οἱ Στωϊκοὶ φασιν, εὐροια βίου)» (*Pyrrh. Hypotyp.*, III, 172.4-5 -traducción nuestra).

³⁹ «διόπερ τέλος γίνεται τὸ ἀκολούθως τῇ φύσει ζῆν, ὅπερ ἐστὶ κατὰ τε τὴν αὐτοῦ καὶ κατὰ τὴν τῶν ὅλων, οὐδὲν ἐνεργοῦντας ἢ ἀπαγορεύειν εἰσθεὶν ὁ νόμος ὁ κοινός, ὅσπερ ἐστὶν ὁ ὀρθὸς λόγος, διὰ πάντων ἐρχόμενος, ὁ αὐτὸς ἢ τῷ Δίῳ, καθηγεμόνι τούτῳ τῆς τῶν ὄντων διοικήσεως ὄντι· εἶναι δ' αὐτὸ τοῦτο τὴν τοῦ εὐδαιμόνου ἀρετὴν καὶ εὐροια βίου, ὅταν πάντα πράττηται κατὰ τὴν συμφωνίαν τοῦ παρ' ἐκάστῳ δαίμονος πρὸς τὴν τοῦ τῶν ὅλων διοικητοῦ βούλησιν». La traducción es nuestra. En todos los casos, los números entre paréntesis cuadrados ha sido añadido por nosotros en aras de la explicación.

⁴⁰ Boeri y Salles alude, un poco de pasada, a esta distinción. (cf. 2014, p. 104)

⁴¹ Hay, en todo caso, una precisión que hacer: aunque también «τὸ πᾶν» es fórmula usual para aludir al universo, se diferencia de «τὸ ὅλον» en que la segunda implica ordenación (cf. Platón, *Teeteto* 204a; Aristóteles, *Metafísica* 1024a3).

Si muere mi hijo o mi esposa, ¿qué me corresponde hacer como estoico? No, estimado lector, no vamos a responder “desear que muera mi esposa o mi hijo” entre otras razones porque, si me escucha la policía o mi propia familia, de seguro me voy a meter en líos con la justicia. No obstante, como estoico, sí debo responder a esta situación pensando algo así: “Dios quiso prestarme a esta mujer maravillosa como esposa o a este precioso niño como hijo un ratito, pero ahora Dios los quiere de regreso, así que yo, rebosante de agradecimiento, se lo devuelvo”. En palabras de Epicteto: «no digas nunca respecto a nada “lo perdí” sino “lo devolví”. ¿Murió tu hijo? Ha sido devuelto. ¿Murió tu mujer? Ha sido devuelta» (Ortiz, 1995, p. 11⁴²) y, en el mismo espíritu:

[T3:]<Debes tener las creencias correctas> recordando la ley y teniéndola ante los ojos. ¿Cuál es la ley? La divina: guardar lo propio; no reclamar lo ajeno, sino usar lo que nos ha sido dado; no ansiar lo que no nos ha sido dado y, cuando una cosa te es arrebatada, devolverla con facilidad y de inmediato, agradecido por el tiempo que la usaste, si no quieres estar llorando por la nodriza y por la mami. (*Diss.* II.16.27.4-29.1⁴³)

Entonces, de cara a este gran todo cuya mayoría de cosas y eventos escapan completamente a cualquier intervención mía o tuya, lo que cada quien debe poner en práctica es lo que nosotros hemos bautizado el deseo reflejante, que podemos resumir en la siguiente fórmula:

Sucede un evento **x** en el mundo = Deseo que suceda un evento **x** en el mundo

Con esto llegamos a la idea central del presente texto: habiendo aceptado que la felicidad es inalcanzable a menos que logremos todo lo que deseamos, desear todo tal cual sucede se demuestra como una receta infalible para que mis deseos siempre se hagan realidad y, en ese orden, yo siempre sea feliz. Epicteto mismo da testimonio de la efectividad del deseo reflejante:

[T4:] Yo nunca hasta ahora sufrí impedimentos cuando quería algo, ni me vi obligado cuando no quería. ¿Y cómo es eso posible? Subordiné mi impulso a la divinidad. Quiere ella que yo pase fiebre: también yo quiero. Quiere que me impulse hacia algo: también yo quiero. Quiere que desee: también yo quiero. Quiere que consiga algo: también yo lo deseo. No quiere: no lo deseo. Por tanto, quiero morir. Por tanto, quiero ser

⁴² «Μηδέποτε ἐπὶ μηδενὸς εἴπῃς ὅτι ‘ἀπώλεσα αὐτό’, ἀλλ’ ὅτι ‘ἀπέδωκα’. τὸ παιδίον ἀπέθανεν; ἀπεδόθη. ἢ γυνὴ ἀπέθανεν; ἀπεδόθη».

⁴³ «μεμνήσθαι δὲ τοῦ νόμου καὶ τοῦτον πρὸ ὀφθαλμῶν ἔχειν. τίς δ’ ὁ νόμος ὁ θεῖος; τὰ ἴδια τηρεῖν, τῶν ἀλλοτρίων μὴ ἀντιποιεῖσθαι, ἀλλὰ διδομένοις μὲν χρῆσθαι, μὴ διδόμενα δὲ μὴ ποθεῖν, ἀφαιρουμένου δὲ τινος ἀποδιδόνα εὐλύτως καὶ αὐτόθεν, χάριν εἰδότα οὐ ἐχρήσατο χρόνου, εἰ θέλεις μὴ κλάειν τὴν τιτθὴν καὶ μάμμην».

torturado. ¿Quién podrá aún impedirme u obligarme contra lo que me parezca? No más a mí que a Zeus. (Diss. IV.1.89-90.4⁴⁴)

O, dicho de manera contundente y somera: «no busques que las cosas que suceden sucedan como quieres, sino quieres las cosas que suceden como suceden y estarás sereno/feliz» (Ortiz, 1995, p. 8⁴⁵).

Si bien el precio de aprender a desear según la fórmula del deseo reflejante puede parecer alto, es nimia carestía en comparación con la recompensa: vivir sin absolutamente nunca experimentar frustraciones ni angustias.

[T5:] El que progresa, si ha aprendido de los filósofos que el deseo lo es de los bienes y que el rechazo lo es de los males, si ha aprendido también que *la serenidad/felicidad* y la *impasibilidad* circundan al hombre solo en el caso de que no se frustre en su deseo y de que no vaya a parar a lo que es objeto de rechazo. (Diss. I.4.1.1-1.5⁴⁶)

En nuestro T5 y el pasaje de Ortiz (1995) que citamos antes de aquel no aparece la palabra ἀταραξία, pero sí el verbo εὐροέω y el sustantivo εὐροια, las cuales, aunque difícilmente podríamos considerar sinónimos de la primera, al encontrarse constantemente invocadas de manera conjunta se demuestran conceptualmente muy cercanas y estrechamente ligadas⁴⁷. La *eúroia* no es, exactamente, la *ataraxía* ni la *eudaimonía*, pero no podemos pensar unas sin otras. Pues bien, la clave para alcanzar todo esto (*eúroia*, *ataraxía*, *eudaimonía*) es el deseo reflejante.

Ahora, si nos fijamos, la serenidad o imperturbabilidad estoica es una *ataraxía* muy particular: en contra de lo que podrían sugerir primeras impresiones o erradas comparaciones con cierta religión, los estoicos no defienden una supresión total del deseo, sino una educación desiderativa, un aprender a desear conforme a la naturaleza. Nótese que en nuestro T4 la respuesta a lo que sucede, una y otra vez, es «κἀγὼ θέλω (también yo quiero)» y «κἀγὼ βούλομαι (también yo lo deseo)». Es más: en la línea IV.1.89.5 aparece una afirmación tremenda: Dios quiere que desees:

⁴⁴ «ἐγὼ δ' οὐ πώποτ' οὔτε θέλων ἐκωλύθην οὔτ' ἠναγκάσθην μὴ θέλων καὶ πῶς τοῦτο δυνατόν; προσκατατέταχά μου τὴν ὁρμὴν τῷ θεῷ. θέλει μ' ἐκεῖνος πυρέσσειν· κἀγὼ θέλω. θέλει ὁρμᾶν ἐπὶ τὴν κἀγὼ θέλω. θέλει ὀρέγεσθαι· κἀγὼ θέλω. θέλει με τυχεῖν τινος· κἀγὼ βούλομαι. οὐ θέλει· οὐ βούλομαι. ἀποθανεῖν οὖν θέλω· στρεβλωθῆναι οὖν θέλω. τίς ἔτι με κωλύσει δύναται παρὰ τὸ ἐμοὶ φαινόμενον ἢ ἀναγκάσαι; οὐ μᾶλλον ἢ τὸν Δία».

⁴⁵ «Μὴ ζήτει τὰ γινόμενα γίνεσθαι ὡς θέλεις, ἀλλὰ θέλε τὰ γινόμενα ὡς γίνεται καὶ εὐροήσεις». De nueva cuenta aparece «ἡ εὐροια» en uno de sus cognados. Sobre este concepto, véase nuestra nota al pie 5.

⁴⁶ «Ὁ προκόπτων μεμαθηκῶς παρὰ τῶν φιλοσόφων ὅτι ἡ μὲν ὄρεξις ἀγαθῶν ἐστίν, ἡ δ' ἐκκλισις πρὸς κακά, μεμαθηκῶς δὲ καὶ ὅτι οὐκ ἄλλως τὸ εὐροῦν καὶ ἀπαθεῖς περιγίνεται τῷ ἀνθρώπῳ ἢ ἐν ὄρεξει μὲν μὴ ἀποτυγχάνοντι, ἐν ἐκκλίσει <δὲ> μὴ περιπίπτοντι».

⁴⁷ Εὐροια con *ataraxía*: cf. Diss. I.4.27.4; II.18.28.3-29-1; IV.11.23.4-5. Εὐροια con *apátheia*: I.4.28.2-29.1; I.4.1-3-4. Εὐροια con *eudaimonía*: II.19.29.4; III.22.26.6; III.22.39.3; IV.1.38.2; IV.7.9.3. Incluso, se pueden encontrar «εὐροια» con las dos últimas juntas: «y si la virtud promete precisamente concedernos la felicidad y la impassibilidad y la serenidad (εὐδαιμονίαν ποιῆσαι καὶ ἀπάθειαν καὶ εὐροίαν) con toda certeza que el progreso hacia ella es un progreso hacia cada una de estas cosas» (I.4.3-4).

«quiere <Dios> que desee: también yo quiero (θέλει ὀρέγεσθαι· κἀγὼ θέλω)». ¿Cómo?, como él mismo desea. Deseo reflejante.

Pensémoslo bien: ¿qué es más posible alcanzar, la supresión completa del deseo (p. ej. desear nada de nada, cual si fuéramos una planta) o, más bien, la educación, el encaminamiento correcto de nuestros deseos? Vemos, entonces, que el estoicismo no es una propuesta ética que aboga por la supresión del deseo, que no nos exige la total negación de nosotros mismos, sino que el estoicismo aboga por el correcto sentir. Epicteto no nos invita a convertirnos en plantas ni piedras, sino a reeducarnos como seres deseantes, a aprender la fórmula para que todos nuestros deseos se hagan realidad. Se trata, en suma, de sublimar nuestra capacidad de deseo alineándola con la divina voluntad⁴⁸.

Entonces -repetimos-, estoicismo no es no desear nada de nada, es aprender a desear como es debido o, lo que es lo mismo, aprender a desear para alcanzar nuestra felicidad. Si el sol ha de salir, si nuestra madre ha de morir, si la tierra ha de temblar, ¿qué ganamos, además de la infelicidad, deseando lo contrario? A fin de cuentas, «ceder ante las circunstancias, es decir, subordinarse a la necesidad, es siempre costumbre del sabio (*tempori cedere, id est necessitati parere, semper sapientis est habitum*)» (Cicerón, *Cartas a los familiares* IV.9.2).

Estoicismo y piedad

Vale la pena caracterizar un poco mejor el acto y la actitud que hasta aquí hemos presentado. La aceptación de todo lo que sucede en donde nuestra injerencia es nula no es una aceptación con pesar, no es una aceptación meramente intelectual, de alguien que acepta lo que acontece, pero en su fuero interno desea lo contrario. Debe tratarse de una aceptación gustosa, de un efusivo sí con el pensamiento y con la voluntad⁴⁹. De otro modo, no podríamos hablar de un acto virtuoso⁵⁰. Esta aceptación gustosa de todo lo que acontece en el ámbito del todo, este ejercicio habitual del deseo reflejante es virtud y tiene nombre: εὐσεβεία (piedad). En otras palabras, la aceptación gustosa de todo lo que sucede en donde nuestra injerencia es nula es la actitud y el acto característico del εὐσεβής (del piadoso).

⁴⁸ Es inevitable recordar las palabras del Nazareno en el monte de los Olivos: «padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya (πλὴν μὴ τὸ θέλημά μου ἀλλὰ τὸ σὸν γινέσθω)» (Lucas 22:42; cf. Mateo 26:39; Marcos 12:36).

⁴⁹ Aunque en el estoicismo no existe el fenómeno aristotélico de la *akrasía* (incontinencia) entendido como un conflicto de una parte del alma contra otra, sí existe -y está especialmente presente en la ética de Epicteto- como una pugna entre dos creencias, con lo cual es posible la escisión entre una creencia tipo “no debo hacer X” y un deseo tipo “sí deseo hacer X”. Cf. *Diss.* IV.1.138.1-138.4, 141-144; II.1.30-32; II.19.20-26; II.19.29-33.2; III.21.1-10.4.

⁵⁰ «Nada es honesto de cuanto se ejecuta a disgusto o por coacción. Toda acción virtuosa es voluntaria» (Séneca, *Epístolas* 66.16; cf. 95.57).

Ahora, ¿por qué desear que todo suceda tal cual sucede es la actitud propia de la persona pía, p. ej. de la persona que más ama y honra a Dios? Porque si yo digo o pienso “Dios mío, ¿¿por qué te llevaste a Juan Gabriel y nos dejaste a Maluma!?” , es decir, si deseo los eventos del mundo de otra manera a como suceden, es como si yo estuviese diciendo “Dios mío, ¡qué mal hiciste tu trabajo!; Dios mío, ¡tomaste una mala decisión!”. Así habla Epicteto:

[T6:] Sábetse que lo más importante en cuanto a piedad para con los dioses es [1] el tener juicios correctos respecto a que existen y lo gobiernan todo noblemente, <es decir> justamente⁵¹ y [2] que tú mismo has de someterte a ello, a obedecerles y a que te parezca conveniente todo lo que suceda y a seguirles de buen grado por actuar ellos movidos por el más noble parecer. Así nunca harás reproches a los dioses ni les reclamarás el despreocuparse de ti. Por otra parte, no es posible que esto suceda si el bien y el mal no lo quitas de lo que no depende de nosotros y si no los pones solo en lo que depende de nosotros. Porque si supones que algo de aquello es un bien o un mal, es de toda necesidad que hagas reproches y odies a los causantes cuando falles en lo que quieres y vayas a dar en lo que no quieres. Pues todo ser vivo tiende por naturaleza a rehuir y apartarse de lo que le parece perjudicial y sus causas e ir en busca de lo beneficioso y sus causas y admirarlo. Pues es imposible que uno que cree ser perjudicado se deleite con lo que le parece que le perjudica, igual que es imposible que se deleite con el propio perjuicio. De ahí que el padre sea injuriado por el hijo cuando no hace partícipe al hijo de lo que parecen ser bienes. Y eso es lo que hizo a Polinices y Eteocles⁵² enemigos mutuos, el creer que el ser rey era un bien. Por eso injuria también el labrador a los dioses, por eso los injuria el marino, por eso los injuria el comerciante, por eso los injurian los que pierden a sus mujeres y sus hijos. Pues donde está lo conveniente, allí está también la piedad. De modo que quien se preocupa de desear y rechazar como es menester, en ello mismo se preocupa también de la piedad. (Ench. 31.1-5⁵³)

⁵¹ Corregimos la traducción a Ortiz (1993), porque el *καὶ* debe ser explicativo. De otro modo, estaríamos aceptando que se podría hacer algo bello/noblemente, pero no justamente.

⁵² Se refiere a los hijos de Edipo y Yocasta, que se matan por la corona de Tebas.

⁵³ «Τῆς περὶ τοὺς θεοὺς εὐσεβείας ἴσθι ὅτι τὸ κυριώτατον ἐκεῖνό ἐστιν, ὁρθὰς ὑπολήψεις περὶ αὐτῶν ἔχειν ὡς ὄντων καὶ διοκούντων τὰ ὅλα καλῶς καὶ δικαίως καὶ σαυτὸν εἰς τοῦτο κατατεταχέναι, τὸ πείθεσθαι αὐτοῖς καὶ εἶκειν πᾶσι τοῖς γινομένοις καὶ ἀκολουθεῖν ἐκόντα ὡς ὑπὸ τῆς ἀρίστης γνώμης ἐπιτελουμένοις. οὕτω γὰρ οὐ μέμψη ποτὲ τοὺς θεοὺς οὔτε ἐγκαλέσεις ὡς ἀμελούμενος. ἄλλως δὲ οὐχ οἶόν τε τοῦτο γίνεσθαι, ἔαν μὴ ἄρῃς ἀπὸ τῶν οὐκ ἐφ’ ἡμῖν καὶ ἐν τοῖς ἐφ’ ἡμῖν μόνοις θῆς τὸ ἀγαθὸν καὶ τὸ κακόν. ὡς, ἂν γέ τι ἐκείνων ὑπολάβῃς ἀγαθὸν ἢ κακόν, πᾶσα ἀνάγκη, ὅταν ἀποτυγχάνῃς ὧν θέλεις καὶ περιπίπτῃς οἷς μὴ θέλεις, μέμψασθαί σε καὶ μισεῖν τοὺς αἰτίους. πέφυκε γὰρ πρὸς τοῦτο πᾶν ζῶον τὰ μὲν βλαβερὰ φαινόμενα καὶ τὰ αἰτία αὐτῶν φεύγειν καὶ ἐκτρέπεσθαι, τὰ δὲ ὠφέλιμα καὶ τὰ αἰτία αὐτῶν μετεῖναι τε καὶ τεθηπέναι. ἀμήχανον οὖν βλάπτεσθαί τινα οἰόμενον χαίρειν τῷ δοκοῦντι βλάπτειν, ὡσπερ καὶ τὸ αὐτῇ τῇ βλάβῃ χαίρειν ἀδύνατον. ἔνθεν καὶ πατὴρ ὑπὸ υἱοῦ λοιδορεῖται, ὅταν τῶν δοκούντων ἀγαθῶν εἶναι τῷ παιδί μὴ μεταδιδῶ· καὶ Πολυνεῖκην καὶ Ἐτεοκλέα τοῦτ’ ἐποίησε πολεμίους ἀλλήλοις τὸ ἀγαθὸν οἶεσθαι τὴν τυραννίδα. διὰ τοῦτο καὶ ὁ γεωργὸς λοιδορεῖ τοὺς θεοὺς, διὰ τοῦτο ὁ ναύτης, διὰ τοῦτο ὁ ἔμπορος, διὰ τοῦτο οἱ τὰς γυναῖκας καὶ τὰ τέκνα ἀπολλύντες. ὅπου γὰρ τὸ συμφέρον, ἐπεὶ καὶ τὸ εὐσεβές. ὥστε, ὅστις ἐπιμελεῖται τοῦ ὀρέγεσθαι ὡς δεῖ καὶ ἐκκλίνειν, ἐν τῷ αὐτῷ καὶ εὐσεβείας ἐπιμελεῖται».

Hay dos preceptos que nos encomiendan seguir:

1. Tener la convicción de que la divinidad lo gobierna todo (o gobierna el todo) con sabiduría.
2. Someter, gustosamente, nuestra voluntad a la suya.

Desatender cualquier de estas dos ideas o desatender la *diaíresis* estoica desembo- ca, necesariamente, en reproches a Dios, en injurias, en deseos secretos o confesos de corregirle la plana al que ha escrito el destino, como si nosotros fuésemos más sabios, como si nosotros pudiésemos hacer mejor el trabajo de administrador del universo. Dicho someramente: para un estoico, todo desear en contra de como su- ceden las cosas es propio del ασεβής (impío), es ἀσέβεια (impiedad). Entonces, para quien en verdad es pío (θεοσεβής en DL, εὐσεβής en Epicteto) la verdadera expre- sión de su piedad está en alinear nuestra voluntad con la voluntad divina.

Ahora, si estamos diciendo que con esta armonía entre mis deseos y los deseos de Dios alcanzamos la virtud, ¿qué más afirmaríamos que estamos alcanzando? La felici- dad, por la relación directa y necesaria entre lo uno y lo otro. «¿Cuál es el resultado de la virtud? La serenidad/vida feliz (τί ἔργον ἀρετῆς; εὐροια)» (Diss. I.4.6.1). Pode- mos observar, con claridad meridiana, cómo, en última instancia, en el alcanzamien- to de la felicidad es fundamental el trabajo que hacemos en el ámbito de nuestros deseos. ¡De ahí que le hubiésemos dedicado todo este escrito! Para el estoicismo desear para ser siempre feliz es desear virtuosamente y desear virtuosamente es lo mismo que desear conforme a la naturaleza y desear conforme a la naturaleza es armonizar todos nuestros deseos con lo establecido por Dios. Esto hace parte de lo que en filosofía estoica se denomina ὁμολογία (*convenientia* en el estoicismo latino) que se puede traducir como concordancia, coherencia, adecuación.

[T7:] Dado que el hombre es un animal racional mortal, político por natu- raleza, también sostienen que toda virtud y felicidad humana es una vida coherente y concordante con la naturaleza. Zenón caracterizó el fin del siguiente modo: “vivir en concordancia”, esto es vivir según una razón única y armónica, porque los que viven en conflicto con ella son infelices. (Estobeo, *Ecl.* II.7.6-6a4 (BS 23.3; SVF 3.3; LS 638 y 58K)⁵⁴)

Sobre lo cual Boeri y Salles rematan así: «dicho de otra manera, sin coherencia o acuerdo (ὁμολογία), no hay felicidad, que es lo mismo que decir que sin coherencia no hay una vida racional real» (Boeri y Salles, 2014, p. 645).

⁵⁴ «Τοῦ δὲ ἀνθρώπου ὄντος ζώου λογικοῦ θνητοῦ, φύσει πολιτικοῦ, φασὶ καὶ τὴν <ἀρετὴν> πᾶσαν τὴν περὶ ἀνθρώπων καὶ τὴν <εὐδαιμονίαν> ζωὴν ἀκόλουθον ὑπάρχειν καὶ ὁμολογουμένην <φύσει.> Τὸ δὲ <τέλος> ὁ μὲν <Ζήνων> οὕτως ἀπέδωκε· ‘τὸ ὁμολογουμένως ζῆν’· τοῦτο δ’ ἐστὶ καθ’ ἓνα λόγον καὶ σύμφωνον ζῆν, ὡς τῶν μαχομένων ζώντων κακοδαιμονούντων». Para el presente pasaje, usamos la traducción de Boeri y Salles (2014).

Ahora, ¿por qué debemos alinearnos con la divinidad? ¿Simplemente porque él es Dios? No, no es un argumento de autoridad, sino que es una cuestión de racionalidad elemental: tal como si sumo 27+27 en mi libreta y me da 55, pero, al realizar la operación en la calculadora, me doy cuenta de que en realidad da 54 o, como si yo escribo una palabra con z, pero, al buscarla en diccionario, me doy cuenta de que es con s, análogamente debemos alinear nuestra voluntad a la divina porque Dios es *logos*⁵⁵, así que todo lo que provenga de él proviene de La Racionalidad -así, con mayúscula-, proviene del ser racional en grado sumo, de la racionalidad suprema. En palabras sencillas: el que menos sabe, debe alinearse con el que lo sabe todo, no al contrario y la omnisciencia es un atributo razonablemente atribuible a la divinidad.

Así pues, si Dios es racionalidad suprema, entonces:

1. Todas sus prescripciones morales son perfectas y, por tanto, hay que seguir los mandatos divinos⁵⁶.
2. Si todo lo que sucede en el mundo sucede por decisión suya, entonces todo acontece según el mejor plan posible.

Además de la omnisciencia, los estoicos adscriben otros atributos a la divinidad: autosuficiencia (p. ej. a Dios no le falta nada), omnibenevolencia (p. ej. que Dios es suma bondad). ¿Qué implicaciones para la verdadera piedad tiene esto? Para explicarnos mejor, primero echémosle un ojo al Antiguo Testamento para enterarnos de los gustos gastronómicos del Dios judeocristiano y qué mejor para hacerlo que un pasaje del *Levítico*:

[T8:] Si su ofrenda es un holocausto de ganado menor, de ovejas o cabras, ofrecerá un macho sin defecto. Lo inmolará al lado septentrional del altar, ante Yahvé, y los sacerdotes hijos de Aarón derramarán la sangre alrededor del altar. Luego, lo descuartizará en porciones, y el sacerdote las dispondrá, con la cabeza y la grasa, encima de la leña que se ha echado al fuego del altar. Lavará él con agua las entrañas y las patas, y el sacerdote lo ofrecerá todo y lo quemará sobre el altar. Es un holocausto, un manjar abrasado de calmante aroma para Yahvé. (*Levítico* 1: 10-13)

Nosotros hicimos la tarea, para que el lector no tenga que: «es un holocausto, un manjar abrasado de calmante aroma para Yahvé» se repite 16 veces en *Levítico*, y vuelve a aparecer en *Números* otras 23 veces. Como nuestro T8, a lo largo de la Biblia encontramos una enorme cantidad de especificaciones sobre holocaustos que dejan algo suficientemente claro: al Dios judeocristiano le gusta el olor de la sangre, le gusta la carne cruda, para su placer, para estar bien con él, exige sacrificios anima-

⁵⁵ Seguramente, los antecedentes de esta tesis estoica son heraclíteos.

⁵⁶ Sobre cuáles serían estas prescripciones y cómo podemos identificarlas, no podremos hablar en este lugar.

les, incluso sacrificios humanos. Sin exagerar, podemos afirmar que el Dios judeo-cristiano tiene un fetiche sanguinario. ¿Y eso se le quita en el Nuevo Testamento? No, porque sí existe un sacrificio, el supremo: el sacrificio sangriento, dolorosísimo, del cordero de Dios, p. ej. el de su propio hijo.

Ante esto, un estoico diría: ¿cómo que a Dios le gusta ver u oler la sangre?, si no es Drácula, caramba. ¿Y cómo que a Dios le gusta la carne cruda?, si no es Hannibal Lecter, caray. En vez de proyectar fobias o filias propias en la divinidad o en hacer suposiciones temerarias de esta naturaleza, un estoico nos invitaría a recordar los atributos divinos y a asumir las consecuencias razonables de ello. Es decir, si realmente asumimos que Dios es omnisciente, entonces tendríamos que aceptar que (1) no sirve rezar pidiéndole que cambie algo (sea que ya no mueran de hambre los niños africanos o que desaparezca el coronavirus) porque todo lo que es y sucede está determinado desde su sabiduría suprema, todo lo que es y sucede hace parte de un plan perfecto diseñado por él⁵⁷.

Además, si realmente asumimos que a Dios no le falta nada, entonces tendríamos que aceptar que (2) es inútil intentar sobornarlo con uno, diez o mil cabritos. Y, si realmente aceptamos que es omnibenevolente, entonces tendríamos que aceptar que (3) es inútil que le ofrezcas tu sufrimiento, Dios no es un sádico que se regocija viendo cómo ayunas, cómo te azotas con tus disciplinas, cómo caminas con frijoles adentro de los zapatos o cómo te atas un cilicio a alguna parte del cuerpo. Dios no quiere tu sufrimiento ni tu dolor. Cualquier tipo de mortificación del cuerpo por motivos religiosos no solo es inútil, sino que va en contra de su omnibenevolencia. Asumir completamente los atributos que adjudicamos a Dios pasa por entender que él es tan bueno que quiere felices a todos sus hijos, máxima prueba de ello, puesto que decidió que aquello de lo cual depende la felicidad está al alcance de todos (p. ej. en lo *eph' hēmîn*, p. ej. lo que está 100 % bajo nuestro control y solamente bajo nuestro control) y si tú estás contraviniendo ese anhelo de alguna manera, estás incurriendo en ἀσέβεια. En ese sentido van las siguientes palabras de Séneca: «la filosofía exige frugalidad, no dolor; además, puede existir una frugalidad sin desaliño⁵⁸» (Séneca, *Epístolas* 5.5).

Como podemos observar, piedad estoica tiene poco que ver con la religiosidad a la cual estamos acostumbrados. Lejos estamos de una piedad que exige sangre, dolor y diezmos; cerca de una piedad que se expresa en nuestros actos anímicos.

[T9:] El beneficio mismo no es algo que se cuente y se palpe, tal como el honor rendido a los dioses yace, no en las víctimas <del sacrificio>, aunque estén gordas y cubiertas de oro, sino en el correcto y pío deseo de los

⁵⁷ Estamos aludiendo, de pasada, al tema de la providencia. Este tema, y cómo es compatible con el asunto de la libertad humana y la responsabilidad moral, amerita que lo abordemos en otro lugar.

⁵⁸ La segunda parte de la afirmación va dirigida, sin duda, contra los cínicos, quienes -a los ojos de los estoicos- llevaban a mal muerto la tesis de que solo la virtud y solo en lo relativo al alma yace lo verdaderamente bueno. Dicho en otras palabras: la virtud y los deberes para con nosotros mismos (como el cuidado del cuerpo, cierta pulcritud) no están peleados.

veneradores. Los hombres buenos, por tanto, son agradables a los dioses con una ofrenda de comida y gacha⁵⁹; el hombre malo, por el contrario, no escapa a la impiedad por más que tiña los altares con ríos de sangre. (Séneca, de Beneficiis I.6.3.1-3.7⁶⁰)

Entonces, la mejor ofrenda a Dios es un pensamiento pío, un alma siempre serena y una voluntad totalmente dispuesta a reflejar la voluntad divina. O, en otras palabras, es propio del piadoso el ejercicio gustoso del deseo reflejante. Todo lo demás -alabanzas, rituales, sacrificios, ayunos, diezmos- está de más e, incluso, podríamos considerarlo blasfemo. ¿Al menos cabe rezarle a Dios? Sí, pero sin intentar sobornarle (“si hago tal cosa, tú haces esto”) ni intentar cambiar sus designios sapientísimos (“te pido que tal cosa no suceda, que tal otra sí”) (cf. II.7.11-14). A Dios podemos rezarle:

1. Agradeciéndole por su bondad.
2. Confesando nuestra total aceptación de sus sapientísimos designios.
3. Comprometiéndonos con las tareas que él nos asignó⁶¹.

Es decir, desde el punto de vista estoico no es piadoso rezarle a Dios pidiéndole cosas. Aquí viene bien traer a colación un par de preceptos, uno atribuido a Pitágoras y otro a Diógenes el cínico: «en sus tres mencionados escritos a Pitágoras se le atribuyen, de un modo general, los preceptos siguientes: prohibir que recemos por nosotros mismos, ya que ignoramos lo que es conveniente» (Laertius, 2013, p. 9⁶²). «él <Diógenes el cínico> criticaba a las personas por el modo en que rezaban, diciendo que ellos pedían por cosas que les parecían buenas, pero no por aquellas que verdaderamente lo eran» (Laertius, 2013, p. 42⁶³).

⁵⁹ «Gruel» (*fitilla* en latín) era una especie de papilla elaborada con harina, trigo o arroz, con agua y sal, a veces acompañada con miel. Era de los alimentos más básicos de las antiguas Grecia y Roma.

⁶⁰ «Non est beneficium ipsum, quod numeratur aut traditur, sicut ne in victimis quidem, licet opimae sint auroque praeferantur, deorum est honor sed <in> recta ac pia voluntate venerantium. Itaque boni etiam farre ac fitilla religiosi sunt; mali rursus non effugiunt impietatem, quamvis aras sanguine multo cruentaverint». En todo caso, en el pasaje es evidente que Séneca le abre la puerta a la participación del estoico en los ritos religiosos. No es la excepción: también Diógenes Laercio (VII.119.1-119.10) y Epicteto (Ortiz, 1995, p. 31.5). Por cuestión de espacio, no podemos abordar este problema, legítimo y nada sencillo de resolver, sobre por qué sumarse a estos rituales de la religiosidad tradicional.

⁶¹ Cuáles son estas misiones y cómo podemos descubrirlas es un tema que deberemos dejar para otra ocasión.

⁶² «Ἐν δὲ τοῖς τρισὶ συγγράμμασι τοῖς προειρημένοις φέρεται Πυθαγόρου τάδε καθολικῶς. οὐκ ἔῃ εὐχεσθαι ὑπὲρ αὐτῶν διὰ τὸ μὴ εἰδέναι τὸ συμφέρον».

⁶³ «ἐνεκάλει τοῖς ἀνθρώποις περὶ τῆς εὐχῆς, αἰτεῖσθαι λέγων αὐτοὺς ἀγαθὰ τὰ αὐτοῖς δοκοῦντα καὶ οὐ τὰ κατ’ ἀλήθειαν».

El castigo a los impíos

Acostumbrados como estamos a religiones con dioses que premian y castigan, ora sobre la marcha, ora en el momento del juicio y, habiendo establecido que es propio del piadoso practicar el deseo reflejante, surgen unas preguntas: ¿y qué pasa si no aceptamos las cosas tal cual suceden, p. ej. si no somos una persona εὐσεβής? ¿Será, acaso, que Dios nos castigará? ¿Nos lanzará, en esta o en la otra vida, a una cárcel donde todo sea horror, lágrimas y rechinar de dientes? Epicteto responde con un razonamiento bellísimo: no hace falta que Dios nos castigue por no ejercer el deseo reflejante o nos meta a la cárcel porque:

1. Cárcel es donde se está en contra de la propia voluntad.
1. El ασεβής está en todas las situaciones en las cuales no desea estar en contra su voluntad.
1. Por tanto, el ασεβής ya está en la cárcel.

[T10:] ¿Cuál es el castigo para los que no lo aceptan <p. ej. que todo sea como Dios estableció>? Ser como son. ¿Que a uno le desagrade estar solo? Que esté en soledad. ¿Que a uno le desagradan sus padres? Que sea mal hijo y padezca. ¿Que a uno le desagradan sus hijos? Que sea mal padre. “mételo en la cárcel”. ¿En qué cárcel? En la que está ahora. Está allí contra su voluntad. En donde uno está contra su voluntad, aquello es para él la cárcel. Por eso Sócrates no estaba en la cárcel, porque estaba a gusto. (Schenkl & Teubner, 1916, I.12.21.5-24.1⁶⁴; cf. III.11.1.1-3.1)

La respuesta, repetimos, es maravillosa: el castigo de la persona impía, de aquella que no observa el deseo reflejante, no es otro que tener que ser esa persona, el castigo es padecer la propia infelicidad de la cual él mismo, y nadie más, es causante. El castigo del impío es sentirse enojado porque hizo sol cuando él deseaba que lloviera, sentirse frustrado porque no ganó el que él deseaba que ganara, sentirse triste porque murió quien él no deseaba que muriera, etc. Dicho de otra manera: el castigo del impío es la infelicidad, pero esa infelicidad no viene como un rayo lanzado desde lo alto, esa infelicidad es producto, ciento por ciento, del ejercicio equivocado de las facultades anímicas y, entre esto, del no practicar el deseo reflejante.

⁶⁴ «τα εὐαρέστως δέχεσθαι. τίς οὖν ἡ κόλασις τοῖς οὐ προσηγομένοις; τὸ οὕτως ἔχειν ὡς ἔχουσιν. δυσαρρεστεῖ τις τῷ μόνος εἶναι; ἔστω ἐν ἡρημίᾳ. δυσαρρεστεῖ τις τοῖς γονεῦσιν; ἔστω κακὸς υἱὸς καὶ πενθεῖτω. δυσαρρεστεῖ τοῖς τέκνοις; ἔστω κακὸς πατήρ. ‘βάλε αὐτὸν εἰς φυλακὴν.’ ποῖαν φυλακὴν; ὅπου νῦν ἐστίν. ἄκων γάρ ἐστιν· ὅπου δέ τις ἄκων ἐστίν, ἐκεῖνο φυλακὴ αὐτῷ ἐστίν. καθὸ καὶ Σωκράτης οὐκ ἦν ἐν φυλακῇ, ἐκὼν γὰρ ἦν. ‘σκέλος οὖν».

No hay castigo de parte de Dios, quien decide apartarse de él, al apartarse, se está castigando a sí mismo⁶⁵.

Conclusiones

¿Para qué estudiar filosofía antigua hoy? ¿Para qué seguir leyendo textos escritos hace casi veinte siglos como *Disertaciones de Epicteto*, *Epístolas de Séneca* o *Meditaciones de Marco Aurelio*? En primera instancia, podríamos responder –como muchos hacen hoy– que no tiene sentido dado que su mundo no es el nuestro, es decir, ¿qué nos podrían decir ellos sobre cómo vivir si no tenían ni internet, ni redes sociales, ni televisión, ni cambio climático? Entonces, como “lo más nuevo es lo mejor”, nada que pase del último par de siglos, si no que, del último par de décadas, es digno de ser revisado con la honesta intención de aplicarlo en nuestra existencia.

Sin embargo, cuando hablamos de ética, ¿estamos hablando del estudio de las invenciones más recientes o, más bien, de los deseos, pasiones, vicios y virtudes del ser humano? Y en esto último, ¿de verdad hemos cambiado tanto? ¿No estamos obsesionados, como los griegos, con la apariencia, con el cuerpo o con el dinero? ¿No estamos, como los romanos, bajo las garras de unos pocos ultrapoderosos que, cual dioses de carne y hueso, deciden el destino político y económico del globo? ¿No estamos, como vio Sócrates con sus pupilos más infames, padeciendo las consecuencias de sistema educativo nefasto por estar basado, en el mejor de los casos, en el intelectualismo? ¿No seguimos, como el dueño de Epicteto con el emperador Nerón, haciendo todo lo posible por adular a los poderosos en busca de que nos arrojen alguna migaja? ¿No podemos, todos nosotros, confesar que tenemos miedo de no ser exitosos en el trabajo, de no ser correspondidos en el amor, de que nos roben, de que un sismo eche abajo nuestra casa? Innegablemente, Ciudad de México, Bogotá o Madrid no es la Roma de Epicteto y Marco Aurelio, pero no es difícil abstraer esas diferencias para quedarnos con las semejanzas, y entonces los textos antiguos empiezan a hablarnos con una actualidad asombrosa.

Griegos o romanos, de hace 2200 o 1700 años, qué más da, sus miedos son nuestros miedos, su desolación ante la muerte o el mal en el mundo es nuestra desolación, sus cuitas son nuestras cuitas porque el ser humano, ora con túnica o toga y sandalias, ora con pantalones de *jean* y *convers*, sigue siendo humano. En ese sentido, la consolación de Séneca a su amiga Marcia por la inesperada muerte de su hijo querido es también útil para todos aquellos que hemos experimentado la pérdida de un ser amado; las amonestaciones de Musonio Rufo sobre el uso de afeitte, joyas

⁶⁵ Con una idea que seguramente podrían pronunciarse de acuerdo con los estoicos, el cínico Bión también descarta que Dios castigue los pecados de los padres en sus hijos y lo hace con una comparación: sería como si un médico administrara medicinas al nieto para curar la enfermedad de uno de sus abuelos (cf. Plutarco, *Sobre los retrasos de la justicia divina* 19, 561c). Nótese, nuevamente, la diferencia con el Dios judeocristiano, que dice castigar hasta la cuarta generación por los pecados de los padres (cf. *Éxodo* 20:5; *Deuteronomio* 5:9).

y vestidos lujosos nos vienen muy bien en esta época obsesionada con el *Instagram*, el gimnasio y la ropa de marca; la propuesta de Epicteto para educar bien a los niños y jóvenes se muestra, en la teoría como en la práctica, mil veces más razonables que las deficientes, cuando no disparatadas, propuestas pedagógicas de hoy por hoy.

Por todo lo anterior no es ocioso o fútil leer los tratados éticos de los pensadores estoicos. Ahora, para Grecia y Roma –y, una vez más, he aquí algo que podemos aprender de ellos– el fin de la ética no es el mero conocimiento de lo bueno, sino llevarlo a la acción, es decir, filosofamos para hacernos mejores. Teniendo en cuenta esto, ¿no estamos frente a un estudio que todos deberíamos emprender, no tanto en cuanto profesionales en filosofía, sino en cuanto humanos? Alcanzar la mejor versión de nosotros mismos, ¿no es un deber tanto para con nosotros como con la sociedad? No estamos frente a disquisiciones para satisfacer una mera curiosidad teórica, estamos frente a disquisiciones para ayudarnos a crecer, para librarnos de angustias, temores, defectos del carácter o, dicho de manera más simple, para alcanzar la felicidad, una felicidad –prometen los de la estoa– invencible.

Para el presente volumen, quisimos compartir con el lector unas lecciones de estoicismo dedicadas al tema del deseo. Al inicio de este escrito planteamos una pregunta sobre cuál era el lugar del deseo dentro de la felicidad en la ética estoica, pronto vimos su rol fundamental y pasamos a intentar resolver cómo ejercer correctamente nuestro desear, esto es, cómo desear para ser felices por siempre. Explicamos que, frente a lo que yace muy poco o nada bajo nuestro poder, lo mejor que podemos hacer es lo que nosotros bautizamos deseo reflejante. Lo que Dios desea, asimismo lo deseo yo. Dios desea que llueva, yo deseo que llueva. Dios desea que mi hijo muera mi hijo; ya sabemos qué no responder y qué sí. Lo que no podemos cambiar, debemos desearlo como si no quisiéramos cambiarlo⁶⁶. Este acto, hecho costumbre, se convierte en virtud cuyo nombre es piedad. Pero, como el término puede resultar engañoso por su uso contemporáneo, especialmente en el judeocristianismo, quisimos agregar algunas ideas adicionales sobre la caracterización de la piedad estoica.

Dios no es un sádico que se regocija viendo cómo ayunas, cómo te azotas con tus disciplinas, cómo caminas con frijoles adentro de los zapatos o cómo te atas un cilicio a alguna parte del cuerpo. Dios no quiere tu sufrimiento ni tu dolor.

⁶⁶ No hace mal el lector si trae a su memoria aquella plegaria que reza: «señor, concédeme serenidad para aceptar todo aquello que no puedo cambiar, valor para cambiar lo que soy capaz de cambiar y sabiduría para entender la diferencia». Esta plegaria con evidente inspiración estoica, conocida como plegaria de la Serenidad, no tiene origen bíblico ni católico, sino que se le atribuye al teólogo estadounidense Reinhold Niebuhr (1892-1971). Según su propia esposa, la plegaria habría sido compuesta hacia el año 1940.

Si nos lo permite el lector, quisiéramos cerrar con un pasaje que resume, en buena medida lo expuesto hasta aquí.

[T11:] En eso consiste la educación: en aprender a querer cada una de las cosas tal y como son. ¿Cómo son? Como las ordena el que las ordenó. Ordenó que hubiera verano e invierno, fecundidad y esterilidad, virtud y maldad y todas las demás oposiciones de este tipo para armonía del conjunto y nos dio a cada uno de nosotros un cuerpo y los miembros del cuerpo y hacienda y compañeros. Así pues, es preciso que vayamos a la educación teniendo presente esta ordenación, no para cambiar sus fundamentos –pues ni nos está permitido ni sería mejor– sino para que, siendo las cosas que nos rodean como son y como es su naturaleza, nosotros mismos tengamos nuestra voluntad/disposición/inclinación (ἡ γνώμη) amoldada a lo que sucede. (Schenkl & Teubner, 1916, pp. 15-18⁶⁷)



Referencias bibliográficas

- Boeri, M. y Salles, R. (2014). *Los filósofos estoicos*. Academia Verlag.
- Laertius, D. (2013). *Lives of eminent philosophers* (T. Dorandi, ed.). Cambridge University Press.
- Liddell, H. y Scott, R. (1996). *A Greek-English Lexicon*. Oxford University Press.
- Ortiz, P. (1993). Epicteto. *Disertaciones por Arriano*. Editorial Gredos.
- Ortiz, P. (1995). Epicteto. *Manual fragmentos*. Editorial Gredos.
- Schenkl, H., & Teubner, S. (1916). *Epicteti. Dissertationes ab Arriani Digestae*.
- Séneca, L. (1986). *Epístolas morales a Lucilio I (epístolas 1-80)*, (I. Roca, trad.). Editorial Gredos.

⁶⁷ «τὸ παιδεύεσθαι τοῦτ' ἔστι μαθάνειν ἕκαστα οὕτω θέλειν ὡς γίνεται. πῶς δὲ γίνεται; ὡς διέταξεν αὐτὰ ὁ διατάσων. διέταξε δὲ θεὸς εἶναι καὶ χειμῶνα καὶ φορὰν καὶ ἀφορίαν καὶ ἀρετὴν καὶ κακίαν καὶ πάσας τὰς τοιαύτας ἐναντιότητας ὑπὲρ συμφωνίας τῶν ὅλων ἡμῶν θ' ἑκάστῳ σώμα καὶ μέρη τοῦ σώματος καὶ κτήσιν καὶ κοινωνοῦς ἔδωκεν. Ταύτης οὖν τῆς διατάξεως μεμνημένους ἔρχεσθαι δεῖ ἐπὶ τὸ παιδεύεσθαι, οὐχ ἵν' ἀλλάξωμεν τὰς ὑποθέσεις (οὔτε γὰρ δίδονται ἡμῖν οὔτ' ἄμεινον), ἀλλ' ἵνα οὕτως ἔχοντων τῶν περὶ ἡμᾶς ὡς ἔχει καὶ πέφυκεν αὐτοὶ τὴν γνώμην τὴν αὐτῶν συνηρμοσμένην τοῖς γινομένοις ἔχωμεν».

